

# hilariO barrerO

## Subjuntivo

Y tener que explicar de nuevo el subjuntivo,  
acechante la tiza de la noche del encerado en luto,  
ahora que ellos entregan sus cuerpos a la hoguera  
cuando lo que desean es sentir el mordisco  
que tatúa con rosas coaguladas sus cuellos ofrecidos  
y olvidarse del viejo profesor que les roba  
su tiempo inútilmente.

Mientras copian los signos del lenguaje,  
*emotion, doubt, volition, fear, joy...*,  
y usando el subjuntivo de mi lengua de humo  
mi deseo es que tengan un amor como el nuestro,  
pero sé que no escuchan la frase  
que les pongo para ilustrar su duda  
ansiosos como están de usar indicativo.

Este será su más feliz verano  
el que recordarán mañana  
cuando la soledad y la rutina  
les hayan destrozado su belleza,  
la rosa sin perfume, los cuerpos asaltados,  
ajadas las espinas de sus labios.

Pero hoy tienen prisa, como la tuve yo,  
por salir a la noche, por disfrutar la vida,  
por conocer el rostro de la muerte.

# hilariO barrerO

## Boca de lobo

¿En qué infierno proclama su dolor  
la sombra más oscura?  
Y si lo siente, ¿qué hondura exige,  
a qué pozo hay que llegar para saciar  
la sed de amargo vino negro  
que hiere y emborracha con certero  
navajazo las vísceras del sol?  
Y si la sombra se enamora,  
¿qué azabache ha de elegir  
para adornar sus pechos y su sexo?  
¿en qué boca de lobo morirá degollada?  
(dentelladas nupciales de la bestia que en celo  
excomulga a la albura con su pezuña atea)  
¿de qué profunda mina sacará los metales  
para hacerse las arras?  
¿qué príncipe de luto riguroso,  
en el tablero medieval del tiempo,  
acuchilla a la dama con su espada de ónix  
ganando la partida a la Edad Media?  
Coronada de endrino,  
con collares del más serio carbón,  
¿no eres tú sombra mía la luz de lo más negro?  
Al doblar tu esqueleto  
y descubrir tus ojos en la testuz del alba,  
¿no es acaso lo que llamamos muerte?

# hilariO barrerO

## Visitante

Diciembre herido se congela entre  
algodones sucios de una nieve extranjera,  
mientras el viejo Bill se muere en Brooklyn.  
Perros de soledad ladran a su mirada  
de cartón mordiendo envenenados  
los cristales vidriados de su vida.  
Renegando ser viejo, Bill, tiritita  
y el zumo de manzana le condecora  
su pecho lleno de óxido y metralla.  
Un visitante misterioso entra,  
se detiene en la ribera de la cama  
fulminando la decadente escena  
con su hermosa presencia.  
Trae consigo la fuerza de la calle,  
el ruido del vivir, la juventud,  
la agresiva insolencia de su sexo,  
el gozo más urgente del amor  
y entre el azul lejía de su blusa  
dos volcanes de lava se desbordan.  
Bill le mira por un instante, tiembla,  
(la toma de París, la muerte de su hija  
calcinada, el divorcio de Peggy...)  
maldice ser un muerto, estar amortajado  
y lucha inútilmente por romper  
las cadenas de oxígeno y de sangre  
que encarcelan sus huesos de carbón.  
Desaparece el cuerpo y huele a azufre,  
infierno y carne achicharrada  
en la habitación 308  
del Kings Highway Hospital en Brooklyn,  
donde Billy se abrasa lentamente  
rodeado de tubos y de cables  
en la fría mañana de diciembre.